Nidia Sanabria de Romero

Tierra en la piel

CUENTOS Y RELATOS

INDICE

Prólogo 7
Cambuchí La Patria 10
Regis 18
Una penosa suerte 26
Gertrudis 34
El pesebre de Ña Loreta 42
La tierra no envejece 46
La fiesta de San Blas 52
Velada 58

Dibujos . . . . . Anibal Romero
Diagramación . . . . . César Vera Burgos
Fotografía de Cubierta . . . . . Gerardo López Salvioni

Nidia Sanabria de Romero

Tierra en la piel

CUENTOS Y RELATOS

A mis padres,
que me enseñaron
a amar las cosas
sencillas de la vida.

PROLOGO

La personalidad de Nidia Sanabria de Romero se asienta preferentemente sobre su vocación artística, nunca desmentida.

Enseñar, darse, trasmitir a los jóvenes la suma de conocimientos que posee, hacen de esta autora una valiosa cifra en el ambiente cultural del país.

Y, sobre su dedicación a la enseñanza, iniciada ya durante su permanencia en Encarnación donde hasta ahora la recuerdan con admiración y respeto, es una prueba fehaciente el renombrado Instituto que dirige con tanta solvencia.

Había publicado relatos, cuentos y poemas en distintos órganos de la prensa local. También volúmenes de cuentos y versos para niños. Ahora nos entrega esta colección de cuentos y relatos que, en todos los casos, tienen la fuerza de configurar vivencias, las suyas.

La serie comienza con "Cambuchí la patria", un relato ambientado durante el desarrollo de la Guerra del Chaco donde nos enfrenta con el drama de una madre -drama que fue el de tantas- angustiada por la ausencia del hijo combatiente.

Cuando la guerra termina sin el anhelado regreso, ella llega a enterarse que su hijo murió de sed en el Chaco y, desde entonces, en memoria del hijo, Rosenda ofrenda el frescor del agua de su pozo a todos los viandantes que se acerquen al "Cambuchí" colocado a la vera del camino. Hasta que ella misma, agobiada por el peso de su larga soledad, cae vencida junto al pozo cuyas aguas calmaban la sed de los peregrinos.

"Regis", ese enigmático personaje, pasa como una sombra cuyo secreto ha de permanecer oculto hasta su muerte.

En "Una suerte penosa" es un billete de lotería el personaje central. Un protagonista cuya desaparición se vuelve la causa de la enemistad entre dos hombres. Pero sorpresivamente aparece el billete y la amistad, la confianza recuperadas, permiten la reanudación de unos lazos que tan dolorosamente habían quedado

"Gertrudis" es un relato con "trampa", de esas que los escritores gustan hacer a sus lectores.

Gertrudis emerge del relato con su condición de institutriz que asiste a bailes y parece llevar una vida normal, fuera de esas cartas remitidas a Europa y que no reciben respuesta. Pero al final es sorpresivo e inesperado y, por eso mismo, más interesante.

Otro encuentro de la autora con los días de su infancia se da en "La tierra no envejece" donde el regreso al pasado sirve para ofrecernos unos cuadros costumbristas que desgraciadamente van desapareciendo.

Lo mismo ocurre con "El pesebre de Ña Loreta", joven mujer que demostraba su habilidad en adornar pesebres con juguetes y figuras salidas no sabían de dónde. Para llegar a la clave del misterio cuando el correr del tiempo clarificó un modo de vivir alejado de las buenas costumbres. Pero en la niñez, en esa época dorada, el esplendor de un pesebre era suficiente para encender la imaginación infantil, haciendo inexistentes las miserias humanas.

"La fiesta de San Blás" nos muestra a todo un pueblo desfilando en los preparativos de los festejos patronales. Son brochazos de humor y de ternura y de emoción y de ironía, como la presencia de ese joven que, al reintegrarse a la comunidad desde la vecina orilla, llena de curiosidad y asombro a todos.

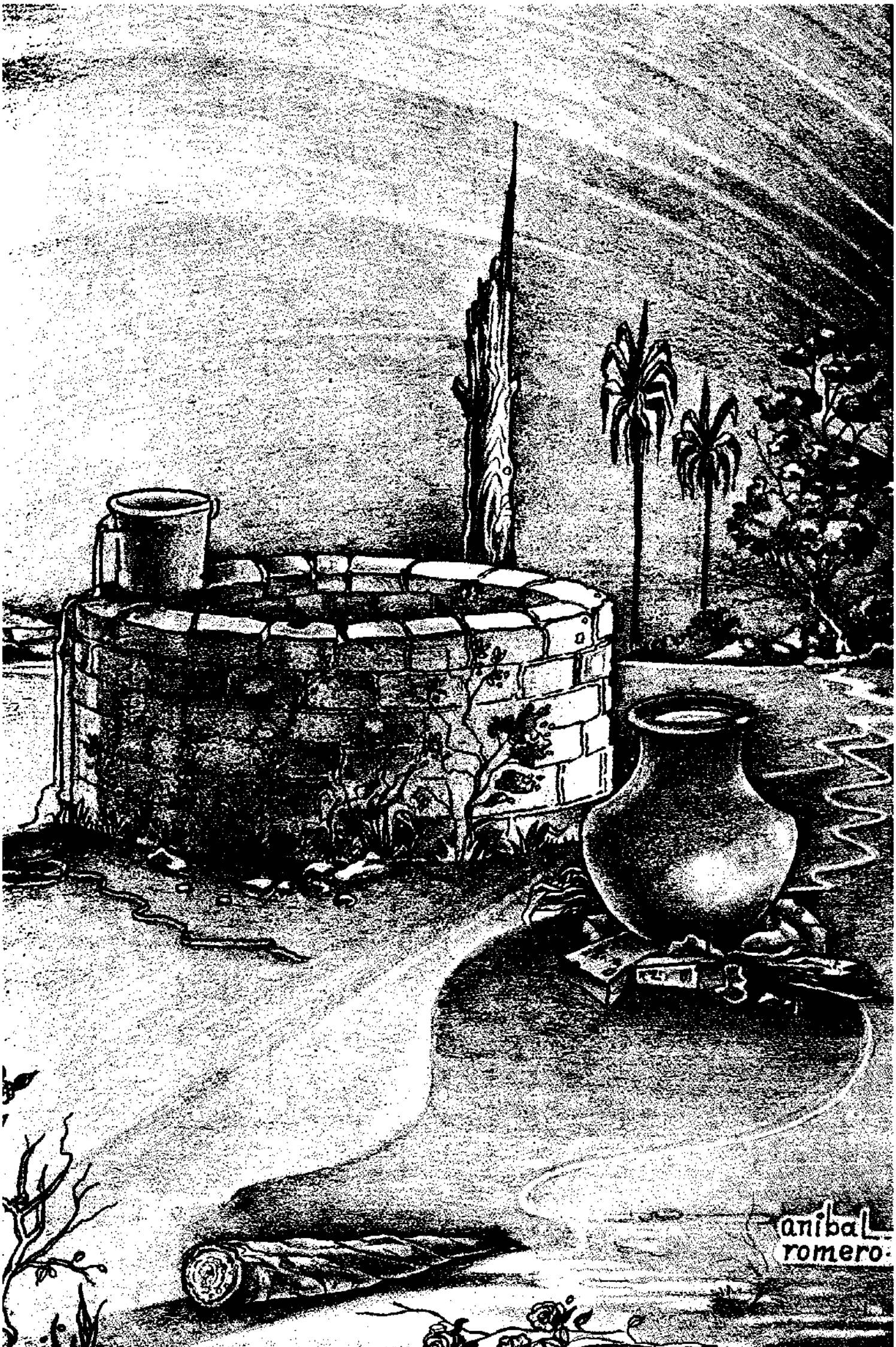
En fin, la capacidad narrativa de Nidia Sanabria de Romero para ofrecernos el mundo de su infancia y su adolescencia, nos permite reencontrarnos con situaciones y costumbres propias del Paraguay de antes que aun perduran en el campo, donde se guarda intacta la idiosincracia nativa y que la historia recoge como tesoros de nuestro folklore.

El lenguaje sencillo, directo, sin rebuscamientos, ya que utiliza en gran medida nuestro castellano paraguayo, esencial para este tipo de narración, ese lenguaje, repetimos, facilita y hace grata la lectura que nos obsequia Nidia Sanabria de Romero.

Ana Iris Chaves de Ferreiro

CUENTOS

CAMBUCHI
LA PATRIA


aníbal
romero

Yo lo conocí. Su figura de greda quedó como modelada en mi memoria... era un mocetón de amplios hombros, de labios gruesos y agrietados y de cortos y rebeldes cabellos. Sin parecerlo era, en verdad el hijo del triste y famélico Don Del Rosario. Tal vez la lozanía y gallarda estampa de la que fuera un tiempo Ña Rosenda haya dado esa forma apolínea, sobria y hasta estatuaria, al único hijo... a este único fruto de aquel amor que se encendiera camino al Ycuá en aquellos distantes atardeceres.

..*.*.*.

Unos gritos agudos apuñalearon la quietud de la comarca. Eran, después me enteré, los que hacían alarde de guapeza eran los "gritos patrióticos" de metálicos sones que escondían un poco de congoja, de rebledía y sobre todo mucha tristeza. Los gritos aquellos dieron paso a un tararear de épicas canciones y éstas a una ancha fila de hombres con sombreros en alto en cuyos rostros la máscara de una sonrisa intentaba en vano hacer menos triste la despedida.

Rosenda se ató apresuradamente sus largas trenzas y corrió... corrió a derramar su desesperación en el cauce del ancho y rojo "Tapé Guazú", de ese "ñacaniná" gigantesco que iba tributando vidas, mientras lanzaba a los aires la despedida triste a la ya desolada campiña... ahí estaba Rosenda con los ojos desmesuradamente abiertos, con el brazo en alto y con una oración aprisionada en los labios. Su postura era firme y hasta serena. Un hálito raro adornaba aun más su gallarda figura. Vió pasar a todos con los ojos abiertos, con el brazo en alto y, una oración aprisionada en los labios.

Detrás quedó el sol quemando en rojo las altas copas; quedaron la tibieza del adobe y de la paja y el espeso naranjal a cuya sombra

Eleuterio dialogaba con las frondas. Quedaron muchos sueños, un silbido, una canción y hasta quizás un idilio inconcluso o una cita en el recodo del viejo camino.

..*.*.*.

La guerra había señalado un destino: El Chaco!... Aquellos mocetones iban empujados hacia ese destino; hacia aquel donde se anidaran el hambre, el fuego... y la Sed!...

La ondulante y verde caravana se fue extinguiendo en las fauces rojas de un horizonte de gritos y canciones. Alta en la loma, con la figura recortada sobre el fondo del amplio valle, quedó Rosenda para trazar en la inmensidad del espacio la lenta cruz de la bendición materna, que en sus cuatro filosas puntas decían de miedo y pena, de dolor y resignación...

Luego los días largos. La espera angustiosa. El estar atenta a las bombas y a los cohetes que en el pueblo los "Capilleros" lanzaban frente al mercado para llevar a los vecinos "la buena nueva" de otra victoria más...; y el preparar contínuo de "Encomiendas" y el ir y venir hasta el rancho de Don Apolinario - Juez de Paz, Escriba y Jefe de Correo - en procura de unas líneas para el hijo combatiente. Y la oración. Con ese desgranar lento del rosario ennegrecido y grasiento. Y ese estar de pie horas enteras frente al nicho repleto de plegarias, de estampas y de grandes flores de fantasía.

Muchas veces se la vio salir del rancho con la cabeza erguida bajo el negro manto de su angustia y de su desesperación. Con sus pasos breves hacía el recorrido del rancho hasta la parte más alta de la lomada y ahí, ante el altar de natura, musitaba su plegaria y volvía a elevar su largo brazo para trazar el signo de esa bendición de dimensiones gigantes capaz de vencer distancias y llegar hasta las fauces horrorosas de las trincheras chaqueñas.

En el rosario fueron sumándose días, semanas y meses. Nuevas arrugas surcaban su rostro que ya se iba tornando más moreno frente al contraste que, le ofrecía su grisácea cabellera. El dolor de esa ausencia tan torturante fue mitigado en oportunidades por unas apresuradas líneas; otras por algunos camaradas del hijo, pero las más de las veces por la piedad de algunos vecinos que se permitían mentir para hacer el milagro de que la desesperación de aquella

madre pudiera alternar, por un segundo tan siquiera, con la esperanza.

Pero pronto llegó el silencio. La nada. El vacío... Y en esas noches en que sola sobre la lomada otra vez buscaba llegar hasta el hijo distante transitando sobre el puente de un signo de buenos augurios en esas altas noches donde las estrellas eran cirios encendidos, frente al altar de sus angustias, la desesperanza fue convirtiéndose en una gigantesca interrogante. En una interrogante que le decía del temor de escuchar lo que presentía, lo que no quería que fuera... y entonces se la veía volver el rostro tapado por el manto... y volvía corriendo como si intentara huir de la realidad presentida.

Pero una mañana el estruendo de bombas, de muchas bombas, la despertó y con ella también despertó el valle entero y ella y él, confundidos en un torrente de pasos apresurados, fueron corriendo la "lonja" del viejo camino que los ataba a ese pueblo que allá a la distancia seguía llamando a sus hijos con el contínuo estruendo de bombas y cohetes.

En un recodo sombreado del camino, ya cerca del pueblo, se encontraron con Crisóstomo - el "Arpero" de ojos blancos y muertos - venía un poco achispado y entre hipos y tontas carcajadas sin detenerse, dijo - "Opá adavé ñandé guerra poraité...!!

...Y siguió adelante como aferrado a ese su silbido que decía de una gastada melodía, que esta vez, parecía nueva y más sonora.

En la capilla echaron a volar las campanas; en los amplios aleros se extendieron multicolores banderillas de papel y los gruesos pilares de casonas blancas se revistieron del verde oloroso del "caavó vei" y del laurel...

Esa noche no hubo fiesta de "primera"... ni de "segunda"... Fue una sola. En los boliches corría la caña; en la plaza el zig-zag de briosos corceles levantaba el polvo para apagar el ladrido de un racimo de perros y en todos los caminos reventaban los "vivas"... Y otra vez en todos los surcos los mansos bueyes junto al filo del arado reiniciaron la marcha luminosa del reencuentro con la Paz!!!!

Algunos mozos de la comarca volvieron teciturnos, huraños, melancólicos, con profundas cicatrices en el alma y en el cuerpo... Eran otros... Pero VOLVIERON!!!!! Los amaneceres volvieron a poblarse de varoniles voces mientras Rosenda seguía esperando. Para ella la guerra aun no había terminado. Todas las tardes aguardaba en silencio el toque de oración. Su mirada fija sobre el largo camino rojo; su pequeña cabeza apoyada en el marco del ventanal, estática y muda como parte decorativa de ese "tapyi" de adobe,

tacuara y paja.

Una de esas tardes divisó a la distancia algo así como una sombra atada al silbido de una vieja polka. Con un "Jesú... Che dió"!!! más en los ojos que en los labios, corrió para besar al hijo que volvía... Llegó casi como gateando junto a la sombra que seguía atada al silbido...

Crisóstomo, el arpero ciego, la presintió y luego de ladear un sonoro escupitazo le dijo:

-Moó pico la apuro Rosenda...?

...Oyapurá vaecueco opytama Boquerón pe!!!... y siguió atado al silbido mientras caía la noche.

Y así otras tardes, en algunas, al ponerse el sol, parecía surgir del bosquecillo cercano la figura del hijo con su camisilla de rojo crespón, con la azada en el hombro y con ese "mbaeichapa nde caarú che sy" en los labios. En otras parecía verlo descansar sobre el duro catre de tientos con la mirada siempre puesta en los altos maizales. Pero las más de las veces se le aparecía esa sombra atada al silbido y volvía a sentir el chasquido de aquel escupitazo de Crisóstomo, el viejo "arpero" de ojos blancos y muertos.

- Oyapurá vaecué co opytama Boquerón pe!!!
- Oyapura vaecué co opytama Boquerón pe!!!
- Oyapurá vaecué co opytama Boquerón pe!!!
- Oyapurá vaecué co.....
- ...Anichene!!! Oú yevy vaerá!!!
... Ou yey vaerá!!!

..*.*.*.

- Mbaichapa che sy!!!?
- Nde picó che memby!!!?

Estaba agachada frente al pozo. Dejó caer el pequeño balde y ahí quedó de espaldas, aferrada fuertemente al pequeño brocal de piedras y tablas.

- Nde pico che memby!!!! y como intentando huir del impacto emocional agachó la blanca cabeza y se enfrentó a la voz. Si... era él... Zapatones, las morenas manos de huesudos dedos y en una de ellas la caramayola del "finado" Apolinario... pero... el rostro... No... el rostro no era de él.

- Eleuterio nico...

Rosenda sólo miraba aquella caramayola que el soldado sostenía con sus manos.

-"Eleuterio nicó... omanó mboyve ujheigui omeé vacué cheve co icaramayola arú jhaguá ndeve!!!...

...no pudo decir más; tampoco Rosenda. Como a una criatura la alzó en brazos y la llevó al pozo. La bajó suavemente sobre el verde lecho de culandrillos y helechos; y allí se estuvo hasta que al fin, con las primeras estrellas pudo Rosenda incorporarse. No dijo nada. Miró al soldado. Le regaló con una serena bendición y con pasos firmes fue hasta el pozo para extraer del fondo el pequeño balde en cuyo interior el agua reflejaba al subir el titilar de blancas estrellas...

Desde entonces un cántaro de agua fresca con el reborde coronado de rosas "mosquetas" era depositado a la sombra del alto "guayaibí" que se alzaba caprichoso en medio del viejo camino, parada obligatoria de todos los caminantes, fuente inagotable donde el alto, el descanso y hasta la búsqueda de algún milagro, hacían que el cantarito de agua fresca se convirtiera en un gran pesebre.

Enfermos en procura de alivio, novios, carreteros, chasques y troperos, toda una procesión quedaba ahí en medio del viejo "tapé guazú" a la sombra del "guayaibí" imponente, para beber un poco del milagroso líquido atesorado en el vientre de greda del "cambuchí la Patria".

--*-*-*-

Una tarde de febrero ya distante pude llegar otra vez a aquel modesto villorio laureado ya de leyendas. El horquetado tronco enclavado a la sombra del guayaibí" era un blanco muñón en cuyo extremo un vacío circular decía a los sedientos viandantes de una ausencia. Ya no estaba el "cambuchí la Patria" aguardando a los caminantes con el fresco de sus aguas coronadas de "rosas mosquetas"...

Las huellas de unos menudos pies marcados levemente en el apisonado camino fueron llevando a la sed y a la curiosidad hasta el rancho de la loma. Alguien llamó al entrar, Sultán, el esquelético y enllagado perro, sólo atinó a espantar con su raleada cola un enjambre de sonoros moscardones. A otro grito de un curioso un cuervo

encorvado sobre el cercano Ycuá se levantó con un chillido de protesta...

Hasta el bajo brocal llegamos... Ahía estaba el cofre de greda... el mentado "cambuchí la Patria" pero ya sin el tesoro, de sus aguas frescas sin la corona de sus blancas rosas mosquetas. Un poco más allá junto a la caramayola un pequeño cigarro de hoja se iba extinguiendo lentamente.... y allá al fondo una mano con el índice hacia el cielo parecía querer llegar con una última bendición hasta el hijo distante... mientras unos círculos señalaban en la superficie la aureola de titilantes estrellas formadas por los pétalos mustios de las blancas "rosas mosquetas".

REGIS

anibal
romero

El pueblo era pequeño pero tenía el porte de una ciudad. Las casas alineadas formaban perfectamente las cuadras, que sin ser muchas, daban cabida a los negocios que tenían de todo. Su plaza, siempre acogedora, su mercado con el bullicio mañanero y su campanario anidado de palomas, las escuelas pobladas de blanco delantal, las calles arenosas que invitaban a los juegos infantiles.

Al hotel del pueblo llegaban inevitablemente, como parada de descanso, los ómnibus, los camiones, los pocos coches que recién circulaban. Allí todo el día un trajinar, ir y venir de carros y Sulckis, que los viajantes de comercio usaban para transportar grandes baúles con muestrarios de las mercaderías que ofrecían a sus clientelas.

Los niños del pueblo y acaso no los mayores vivíamos pendientes de las novedades. Era como ponerse en contacto con ese mundo exterior un poco lejano. Llegaban tantos personajes que en corta permanencia hacían sentir su presencia, ya por la rareza de sus vestuarios, su gentileza o sencillamente por resultar nuevo en ese lugar. Había quienes arrancaban al viejo piano, ubicado en la recepción, melodías pocas veces escuchadas, otros ya eran esperados en determinadas épocas del año, y ellos se sentían también parte de esa comunidad ingenua trayendo generosamente su buen humor con juegos y chistes que alegraban las noches sin luz.

Ese hotel,verdadero centro de atracción tenía como propietarios a un matrimonio que practicaba el amor al prójimo.

Como el hotel ocupaba una manzana,tenía también un acceso que daba al patio donde los mendigos iban a almorzar en los platos que les fueron destinados. Sentados a lo largo de una grada del amplio corredor compartían el pan de cada día.

Yo los conocí a cada uno, y aprendí a quererlos, hacíamos un grupo grande de niños y nos ganábamos en los medios de comunicación. Era toda una alegría recibir respuestas de los impedidos.

Sin embargo,no faltaban otros que los apedreaban y se mofaban matándose de risa.

A esa ronda de seres necesitados se sumaba un raro personaje:

REGIS, él no era ciego, ni sordo, ni mudo. Aparentemente no le faltaba nada, pero si caminaba, caminaba siempre con aire de gran señor, y hablaba gesticulando, decía cosas que nunca pudimos entender ni los mayores tampoco, porque hablaba difícil. Profetizaba, anunciaba acontecimientos buenos y malos y recomendaba el amor, el perdón, la paz, siempre mirando en alto como si hablara a todos y para todas las épocas.

Por las siestas acudía al almuerzo a compartir con los otros la caridad de aquella familia. Pero él no hablaba con nadie, ni los miraba. Monologaba con tristeza, con preocupación pero con la seguridad de lo que estaba diciendo.

Regis vestía un viejo traje marrón gastado por el tiempo y colgaba del cuello una desteñida corbata. No usaba camisa, y completaba su atuendo con un sombrero de paño rotoso y arrugado, los pies sencillamente desnudos y curtidos por el polvo rojo de todos los caminos. Sin duda alguna era una presencia singular sin paralelo.

Siempre nos preguntábamos: Cómo llegó al pueblo? Nadie lo supo decir. De dónde vino? Tampoco se supo. Cuándo llegó? No teníamos respuesta. Nos conformábamos a creer, como niños que éramos, que nació con el pueblo. Su rostro no tenía edad y mantenía el cuerpo erguido. Era respetado por todos, aun aquellos traviesos nunca lo molestaron. Como un fantasma que rondaba, estaba en todas partes.

Como sabíamos que el Juez de Paz conocía mucho del pueblo, nos acercamos a él aprovechando un encuentro imprevisto en la fiesta patronal. Era un hombre bueno, alegre y gustaba contar anécdotas de esos lugares.

- Ya dieron vueltas en la calesita? nos preguntó.

- Si, ahora iremos a ver el toro candil.

- Bien, estará muy divertido, pero aun falta una hora, nos dijo.

En eso iba cruzando REGIS con el rostro quebrantado y la ligereza de quien tiene un mensaje que entregar con urgencia.

- Señor Juez, dije (dudé un rato).Ud que tanto sabe podría decirnos cómo llegó REGIS al pueblo.

- Sí, nadie puede decirnos, agregó mi compañero.

El señor Juez, con aire de abuelo, se puso a narrar.

- Se dicen muchas cosas, la verdad que él llegó un día así como lo ven, sin carro, sin equipaje. Lo vimos por primera vez allí donde duerme siempre. Tal vez llegó de noche, nadie lo vio entrar en el

pueblo.

- Pero, ¿no averiguaron nada sobre él?, dije con un deseo de seguir la conversación.

- Sí, hemos investigado, pero nada. Yo creo, por mis deducciones que es un sacerdote boliviano que acompañó al ejército, cayó prisionero, luego escapó y quedó mal de la cabeza.

- Y se largó a andar por nuestras tierras, completó mi compañero.

- Sí, así es hijo. Uds. no lo comprenden pero dice palabras profundas, que tienen que ver con la liturgia, con la Biblia y va a la misa y escucha con vehemencia. Bueno chicos, vayan al toro candil que pueden perder lugar.

Nos largamos felices, teníamos una respuesta, pero aun seguía misteriosa su presencia serena.

En otra ocasión hablando de cosas del pueblo una compañera preguntó a la maestra.

- ¿De dónde vino REGIS?

- No lo sabemos, de algún país, de una buena familia. No ven los modales que tiene. Nunca dice una mala palabra. Alguien más fantacioso dijo desde su pupitre - ¿No le habrá mandado Dios para cuidarnos?

Un coro de risas interrumpió el diálogo.

Y en eso sonó la campana del recreo.

Una tarde, venía de la escuela pensando en las tareas que me dio la maestra, y como había perdido el diccionario se me hacía un problema. Crucé la plaza, REGIS estaba sentado meditando, me acerqué como pocas veces lo hacía, pero pensé: él conoce palabras difíciles. Tal vez sepa las que correspondan a mi deber.

- REGIS!, lo llamé fuerte. La verdad que lo asusté, pero no perdió su serenidad.

- Puedes ayudarme?

No me miró. Siguió fijando la vista a lo alto.

Saqué el anotador, con esperanza de una respuesta.

- REGIS, ¿que quiere decir dormitando?

Y me dio la definición serena y pausadamente.

Lo anoté, me acerqué más a él.

- REGIS ¿qué quiere decir represalia?

- Y me lo definió de nuevo, como si hablara automáticamente. Cerré el cuaderno. Era un triunfo. Se comunicó conmigo, me respondió:

- Gracias, mil gracias REGIS.

Cuando lo miré, lo ví por primera vez sonreir. Tenía la cara de niño ingenuo, se levantó y siguió caminando.

Ya en la escuela, leí mi trabajo, todas las palabras estaban correctamente definidas.

Por la noche, me puse a pensar en lo que fue REGIS, y una idea me invadía. Habrá sido un espía extranjero cuando la guerra con Bolivia, pero no envió mensajes porque amó tanto a los paraguayos. Prefirió quedarse a vivir con nosotros. REGIS es buena persona.

En esos días también una comadre de mamá tejió una historia sobre él. Fue un aviador boliviano, decía con certeza. El aeroplano cayó en el bosque y se salvó, pero del golpe quedó mal de la cabeza. Caminó mucho y por fin llegó después de tanto recorrer a nuestro pueblo.

No, no creí esa historia. Me aferraba a la mia. Aunque pensándolo bien puede ser un sacerdote boliviano.

Pero que importa todo eso, si es bueno, eso vale más que todas las historias, me dije como para poner fin a las suposiciones.

REGIS acostumbraba dormir en el corredor de la iglesia hacia el inprovisado altar mayor, como si custodiara al Santísimo.

No tenía manta y su viejo saco le hacía de almohada, cubría su rostro con el viejo sombrero para que las moscas no apestaran sobre su mejilla.

Antes que las campanadas llamaran a misa primera ya estaba arrodillado en un reclinatorio cara a Dios diciendo su oración, que solo el señor entendía.

Recuerdo que en un rancho humilde unas hierbas quemadas para espantar mosquitos hicieron fuego. La familia dormía el cansancio del día. REGIS vio salir la llama. Corrió y con golpe de cuerpo echó la puerta. Socorrió a todos, tiró arena y agua y dominó el fuego.

Cuando todo había terminado se recogió nuevamente a su soledad poblada de misterio.

..*.*.*.

Una noche pasamos cerca de la iglesia, iba con otros amigos, nos santiguamos y luego pasamos por el costado del corredor. Lo vimos a REGIS volcarse en el suelo, gemir. Nos acercamos, tenía la piel morada y apenas decía:

- Llamen al sacerdote.

Y cuando vio que todos nos ibamos a ir para cumplir la misión, indicó que me quedara.

Así lo hice. Trató de reponerse. Tomó un palo que le hacía de bastón y quiso cavar cerca del último pilar del corredor. Lo intentó varias veces pero el dolor pudo más, y volvió a revolcarse. Yo no sabía qué hacer. Sólo rezaba rogando a Dios que regresaran con el sacerdote.

Y así fue, llegaron a tiempo. REGIS hizo el nombre del padre, habló, las palabras no tenían sentido, se golpeó el pecho y volvió a señalar el lugar que quiso cavar. Luego... tranquilamente expiró, con su vieja mortaja, su traje marrón desteñido, con el rostro feliz y una sonrisa en los labios.

..*.*.*.

Pasado un tiempo cavaron el lugar señalado por REGIS, y allí con sorpresa hallaron un cofre oxidado con un crucifijo, unos lingotes de oro y un plano apergaminado de una pequeña capilla.

Con ese tesoro desenterrado se pudo terminar el altar mayor y colocar un nuevo campanario.

- A los visitantes del pueblo siempre hay quienes cuentan que en las noches de luna, cuando todo está en calma, como una silenciosa sombra se lo ve caminando, caminando por el largo corredor de la iglesia. Tal vez musitando aun su plegaria de amor y de paz.

UNA PENOSA SUERTE

anibaL..
romero·84

Un trajinar de criados, sirvientes, ahijados, desde temprana hora daba la sensación que el día había llegado.

Por tradición trabajaban en ese "Hotel-Tienda y Ramos Generales" familias por varias generaciones.

Allí una docena de costureras en rítmicos pedaleos dejaban sentir una melodía siempre igual dè las máquinas. Al poco rato las ropas hechas se colgaban a la pared como moscas pegadas a la miel.

La tienda tenía de todo, lo que sería hoy un Supermercado. Telas finísimas traidas de Europa, Confites, Licores y mil delicias importadas. Contrastaban con esas mercaderías zapatos fuera de moda, traidos de Asunción de la muy tradicional zapatería "Los Angelitos"; pero sin embargo esos zapatos encontraban dueños para las ocasiones que los requerían.

No hubo novia que llegaba, montada a caballo, a la iglesia del pueblo que no se vistiera allí. Desde la coronita de flores hasta aquellos zapatos que, sin duda alguna les quedaban grandes. Por previsión, por si crecían los pies y los dejara, preferían que fuera así.

Y en las fiestas patronales brillaban al sol radiante, la tafeta, el satén y el tafetín.

--*-*-

Todo era trabajo. Los mozos en sus oficios, las cocineras en los suyos, las costureras terminando camisillas, bombachones para troperos exigentes, a quienes se les prestaba especial atención, por ser muy buenos pagadores.

A eso de las nueve un paro general para hacer la "media mañana", costumbre de los abuelos. Sobre largos tablones, sujetados por caballetes, se iban depositando el plato del soó saí o soó cuí con Mbeyú caliente.

Risotadas, chismes, y algunos secretos descubiertos en ingenua

sinceridad, hacían un agradable estar, para seguir luego trabajando.

Entre esas personas no existía la desigual competencia que distancia a los hombres. Solo una cordial amistad.

Los vecinos se sumaban como parte vital para traer las noticias y los diarios que llegaban a pocas personas.

Las mercaderías venían en sulkis o en camiones de carga. Los grandes fardos traían la inscripción de la tienda marcada en tinta negra.

Toda la familia, grandes, niños, tíos, tías participaban en desatar los fardos, medir las telas, enumerar el metraje, y luego liarla cuidadosamente para ser colocadas en los estantes y lucir allí su silueta de mil colores. Y en permanente tentación a la clientela, atraía a todo el pueblo.

--*-*-*-

Periódicamente el vendedor de lotería llegaba para traer la suerte de quien más o de quien menos lo buscaba.

Don Adolfo, el dueño de casa, gustaba de tentar fortuna. Es que según Doña Ramona, su bendita esposa, "El era hombre de suerte". Sí, ya en oportunidad encontró un portafolios con mucho dinero. Buscó al dueño hasta que pudo dar con él, y se lo devolvió. Así de honesto era Don Adolfo y predicaba siempre: "Cada uno con lo suyo, ni más ni menos de lo que nos corresponde".

El vendedor de Loterías venía llegando al mismo tiempo que Don Andrés, quien gustaba compartir el "entero" con Don Adolfo porque ya en algunas ocasiones cobraron buenas sumas por terminaciones presentidas.

- Buenos días Doña Ramona. Buen día Don Adolfo, dijo Don Andrés. Y ambos le saludaron amablemente. Todo era tan natural entre ellos, como si fuera una "Sociedad Anónima de la suerte".

- Ya vengo otra vez. ¿Cómo están Uds?, dijo el vendedor de Lotería.

- Bien mi hijo, le contestó Doña Ramona. Aunque ella era la que llevaba las riendas financieras de la casa por su inteligencia y visión comercial, en esto de la Lotería no se metía, lo dejaba al marido, y le gustaba que arriesgara un poco de dinero.

- Me trajiste la terminación 99, le dijo Don Adolfo.

-Sí, a su pedido, aquí le traigo justito esa terminación, y con aire sobrador extendió el billete sobre el mostrador. Allí interrumpió Don Andrés.

- Bien, Adolfo, ¿compartiremos otra vez? Y allí nomás firmaron ambos al dorso del billete. La cuestión era esperar la suerte, que de alguna manera les llegaba.

..*.*.*.

Cuando la noche se hacía sentir, las familias amigas habituadas a visitar esa casa, entraban con sus cigarros prendidos. El gran ambiente iluminado con petromax hacía ver todos los rincones del living - comedor. Y se mezclaban con ellos algunos pasajeros habitué del Hotel. Pronto el pocker animaba a los varones, mientras en las mesas se distribuían los cartones de lotería, cuyos números se irían llenando con granos de maíz. La voz siempre segura y amiga de Doña Ramona iba gritando los números que al azar los escogía.

El premio: una sopa paraguaya y una fuente de riguazú caé, preparadas por la dueña de casa.

Y así terminaba un día en permanente comunión de amistad.

..*.*.*.

En esos días las cosas no andaban bien en los negocios. Una de las tantas revoluciones dividió la familia, enlutó hogares y quedaron los campos sin siembre.

Una cierta preocupación se notaba en los rostros del matrimonio.

..*.*.*.

- Doña Ramonaaaa! Doña Ramonaaaa!, venía gritando Joseí, el almacenero de la esquina, con un diario en la mano y mostrando un número. Jadeante aun, pudo decir:

- Sacaron la lotería..... Qué suerte!

- Sacaron la lotería..... Qué suerte!

Quedaron ambos enmudecidos. De la calle entraron los niños gritando:

- Somos ricos! Somos ricos!

Al poco rato todo el pueblo ya estaba allí siguiendo al vendedor de lotería que traía el extracto en alto y gritando:

- La grande cayó en Carapeguá!

Don Andrés a la corrida, atajando el corazón para que no se le cayera, llegó como un soldado, listo para la batalla. Se abrazaba con Don Adolfo y se repetían: La suerte está de nuestra parte! Hay que festejarlo, y luego... ambos en un mismo instante se preguntaron: y el billete...?

Y el billete no tenía ni uno ni otro. Hubo un silencio. Todos quedaron mudos.

Don Andres encrespó a don Adolfo:

- No olvides Adolfo que el billete lleva la firma de los dos. Esto no se hace a un amigo.

El dueño de casa se puso a buscar en los cajones, en los armarios, en los roperos, en los bolsillos. Y nada, no lo tenía. Se puso a pensar y trató de calmarle Andrés.

- Don Andrés,pongámonos serenos, vaya Ud. a su casa tranquilo, haga lo mismo que yo, revise su escritorio y todo lugar donde crea que pueda encontrarse. Yo creo que Ud. lo llevó.

Don Andrés se retiró con el rostro alterado y diciendo algo en lo bajo.

Don Adolfo seguía buscando igual que toda la familia, mientras el público permanecía presente haciendo sus propios comentarios.

Don Adolfo dijo a su señora:

- Cómo puedo hacerle creer a Andrés que no encuentro el billete. Por otro lado, por qué no lo tendría él como en otras oportunidades guardado. Tal vez con esto me quiere entretener y luego ir solo a efectivizarlo en Asunción.

En el pueblo se habían formado dos bandos. Uno muy grande que confiaba plenamente en Don Adolfo, y creía que era una estratagema de Don Andrés, pues ese señor no tenía muy limpio su expediente ciudadano. Hay quienes afirmaban que en "trampas" se quedó con una casa ajena y otras cosas más.

--*-*-*-

Siguieron los días de esa semana. En el Hogar Tienda-ramos

generales" la tristeza invadía el corazón de los esposos porque nada se aclaraba y la duda iba tomando mil facetas. El billete se había esfumado. Por otro lado, Don Andrés no disimulaba su acusación. Cada día se plantaba frente a la tienda como juez que juzga a un reo.

Se iba acabando el plazo señalado por la Lotería para que sea posible efectivizarse el billete.

..*.*.*.

- Me baja esa tela, dijo una cliente a Doña Ramona. La bajó. La interesada tocó y retocó la tela e hizo como si probara su resistencia.

- Me gusta aquella que está arriba, esa celestita, especial para camisas de mis nietos.

- Adolfooo!... Adolfooo!, gritó Doña Ramona.

- Quieres bajar la tela de arriba, que yo no la alcanzo.

Adolfo la bajó con ánimo desacostumbrado como un autómata.

- Quiero 8 metros. Pero bien medido Don Adolfo; a lo mejor encoge.

Don Adolfo medía repitiendo el metraje: -1 metro, 2 metros, 3, 4... Y... cuál sería la sorpresa, metido entre la pieza de tela estaba el billete. Dio un grito:

- Ramonaaa!... Aquí está, aquí está. Y besaba, besaba el billete, y se lo mostraba repetidamente a Ramona.

- Toma-í, andá,corré llamale a Don Andrés, que venga pronto.

Su alegría tal vez no haya sido el de sentirse millonario sino el haber vuelto a la confianza del amigo y la del pueblo que él tanto respetaba.

Besaba el billete y repetía mil veces:

- Esto es una suerte!, sí, una suerte penosa; pero una suerte!

GERTRUDIS

anibal...
romero·84

Entonces todo era difícil, los caminos resultaban muy largos y las lluvias imposibilitaban absolutamente el contacto con Asunción.

De Carapeguá a la Ciudad Capital se viajaba todo un día y a veces un poco más. Por todo eso, mis padres preferían hacerlo en dos etapas. En camión hasta Paraguarí y de esta ciudad a Asunción en tren.

Cuando llegaban las vacaciones y se iniciaban las clases, mamá era la encargada de traernos o llevarnos. Los preparativos de libros, de latas de dulces de "maní-cuí" para darnos más inteligencia, llevaban días de preocupaciones... Y las recomendaciones no terminaban. Mil veces se les hablaba a las adolescentes, que por sus estaturas eran muy señoritas, "que sigan jugando", "que eran muy niñas todavía para pensar en otras cosas".

- Estudio y trabajo en la casa - nos decía mamá.
- Ah! no olviden asistir a misa los domingos.
- ..y a andar todas juntas, es así como se protejerán.

Esos viajes en tren siempre inolvidables como si de la real naturaleza, nos metiéramos de golpe a andar en esas ruedas de acero para triturar distancias.

Todos los guardas e inspectores nos conocían. Tal vez por el barullo que hacíamos o quizá por las valijas, cajones de frutas y latas de dulces que llevábamos.

Las niñas ibamos vestidas de amplias polleras, que al sentarnos debíamos alzar hasta las rodillas para disimular a las adolescentes que por un tiempo seguirían pagando medio pasaje.

Al pasar los inspectores controlaban los pasajes y dirigían unas miradas picarescas a las que exhibían sus largas piernas.

- Como siempre, decía el inspector, nueve menores y un mayor.

Y mamá contestaba que sí con la cabeza, y con los brazos acercaba a los menores hacia su asiento, para aparentar más pequeño el grupo.

No lo engañábamos, le resultábamos sencillamente simpáticas, porque ya no faltaba alguno de nosotros, que en cordial atención,

le invitaba un chipá caliente.

Esto se repetía dos veces al año.

En una de esas vacaciones, cuando estábamos disfrutando plenamente de la "Diosa Naturaleza" - mamá no s dijo:

- Prepárense, bien vestidos para ir mañana a Paraguarí a esperar el tren, llega la señorita Gertrudis, ya les hablé de ella.

Gertrudis venía desde Yuty para hacerse cargo de nuestra educación.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

Esperamos un largo rato, el tren no se hacía sentir, pero allí nomás nos pusimos a jugar a las estátuas, hojita verde, y con unas cuantas piedrecitas hicimos unas buenas partidas de tiquichuelas.

Por fin el humo y la pitada, nos daban la seguridad que nuestra curiosidad por conocer a esa extraña mujer se complacería muy pronto.

Paró el tren. Mamá tenía entre sus manos una fotografía que le serviría de identidad. Además el número de coche en que viajaba.

- Niños! gritó mamá, pónganse frente al coche número cinco, allí debe estar.

De pronto vi unas manos finas con un pañuelo batir al viento, para hacerse notar.

- Mamá!, grité, allí está la señorita, la que tiene sombrero de paja con moño rojo. Es ella, se sonríe mamá!

Bajó, abrazó a mamá y nos dio unas palmaditas en hombros y cabecitas según nuestras estaturas.

- Qué elegante! dijo alguien.

- No es muy alta, dijo otra.

- Qué zapatos altos, dije yo.

La mirábamos y remirábamos para fijar una vez por todo su imágen de nana, intitutríz, maestra, mamá, en ausencia de la nuestra.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

Desde su presencia en nuestro hogar se hizo parte vital, ella en los deberes, en la selección de ropas festivas, ella preparaba los cumpleaños, que abundaban; ella en fin en todo. Sabía confeccionar los vestidos con delicadeza y preparaba los postres con exquisitéz.

Al mes de su estada en casa llegó un telegrama.

"Ofrezco 50.000 pesos por pomelos de la quinta de Yuty. Luego recolectaré para enviar por tren a Inglaterra. Va giro a su nombre" Atte. John Smith

Mamá quedó con la boca abierta. Volvió a leer el telegrama. Esto es un regalo de Dios, dijo.

Gertrudis tomó el telegrama leyó visualmente pero la firma en voz alta, en tono familiar "John Smith"... volvió a repetir.

"John Smith, y luego se lo devolvió a mamá.

Pasaron los meses, mamá efectivizó el giro sin ninguna dificultad. Pero el señor Smith no retiró los frutos, que de puro maduros cayeron para abono de tierra.

Gertrudis pasaba con nosotros nueve meses del año en Asunción y los tres de vacaciones en mi pueblo.

Aconsejaba a las más grandecitas ciertos modales, nos corregía el lenguaje. La verdad es que su manera de ser tan femenina, sus atuendos tan delicados y apropiados, hacían de ella una mujer ciertamente menuda pero elegante. Y en cuanto a la conversación sabía qué decir a los grandes y qué decir a los chicos.

Siempre escribía cartas que enviaba a Europa. Iba al Correo a depositarlas personalmente. Y cuando el cartero golpeaba la puerta corría por encontrar respuestas. Pero nunca las tuvo.

Para mí y mis hermanos no tenía importancia eso, porque no lográbamos entender, ni conocíamos su pasado. No sabíamos nada. Vivía en un mutismo absoluto y nadie podía transpasar esa frontera. Tal vez mamá lo sabía y con su habitual prudencia fue la cómplice del silencio.

Sin embargo iba a las fiestas, bailaba, compartía con todos, pero novios nunca los tuvo. O no quería tenerlo o no le dábamos tiempo nosotros con nuestras impertinencias.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

Llegó nuevamente un fin de año, las librètas lucían sus lindas notas y los que andábamos por secundaria no tuvimos problemas. Así es que,bien nos merecíamos las vacaciones, aunque algunas con un poco de tristeza porque el amor había tocado las puertas del corazón y habría ausencias de bellas palabras, de visitas domingueras.

... Y llegábamos y nos instalábamos en nuestros dormitorios.

- Aquí las ropas, decía Gertrudis.

- Allá los libros. Nuevamente era nuestra capitana.

Papá se ocupaba de comprar las frutas de la época, guavirá, guaviramí, yguapuú, sandía, melón y otras frutas, las hacía colocar en grandes latonas de aluminio con agua bien fresca sacada del pozo. Así es que nuestro desayuno era bien frugal.

A eso de las nueve ya estaban listos los caballos ensillados y con monturas, para cabalgar con otros estudiantes, que al igual que nosotros, disfrutaban las vacaciones.

Por la noche se regaba bien con agua la amplia terraza con piso de ladrillo, para convertirse en pista de baile. Las lámparas colgadas de un jazmín mango alumbraba el ambiente. La vieja vitrola sonaba a fuerza de darle cuerda, melodías repetidas de los pocos discos que poseíamos. Pero la fiesta era "fiesta", allí la risa cantarina tenía el marco de la frescura de los labios adolescentes, y las palabras surgían tiernas. Allí danzaban los sueños juveniles en rítmico va y ven. Gertrudis, sentada compartía con las parejas que por entonces dialogaban el amor adolescente la charla, la música, las risas.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

La casa familiar compartía con el Hotel, propiedad de mis padres, un sótano enorme, donde se almacenaban todas las bebidas, que al gustarlas parecían salidas del frigorífico.

Los vecinos en ocasión de fiestas familiares guardaban allí sus bebidas por unos días y lucían luego por la fresana ante sus invitados.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

Llovía... llovía, una semana casi de lluvia. La verdad que ya no era agradable, pero niñas y jóvenes jugábamos en los amplios corredores, anillo perdido, prenda cañí, pasará, y rendidos al fin de gritos y saltos nos instalábamos en nuestros dormitorios donde las camas en filas y los mosquiteros blancos daban la sensación de un campamento juvenil.

Amanecía, mejoraba el tiempo; la noche fue tormentosa, rayos y truenos desafiaban al cielo en permanente duelo.

Nos despertó el grito de mamá

- Gertrudis... Gertrudis...

Iba y venía por toda la casa, al cabo de un rato era un tropel de

gente, tía Zoila, tía Juana, criados, ahijados y hasta algunos vecinos.

- Gertrudis!... Gertrudis!...

Llegaron hasta el dormitorio contiguo al nuestro. Y allí estaba sobre la blanca sábana, empañada de barro y con los ojos fijos.

- Ya está el túnel... Sí, ya lo he hecho!... decía.

Mamá la levantó pero al incorporarse corrió hacia el sótano, tomó la pala y siguió cavando. Realmente había un pozo muy profundo.

Papá bajó, la tomó del brazo.

- Qué te ocurre, Gertrudis? - le dijo dulcemente... La sacó del sótano.

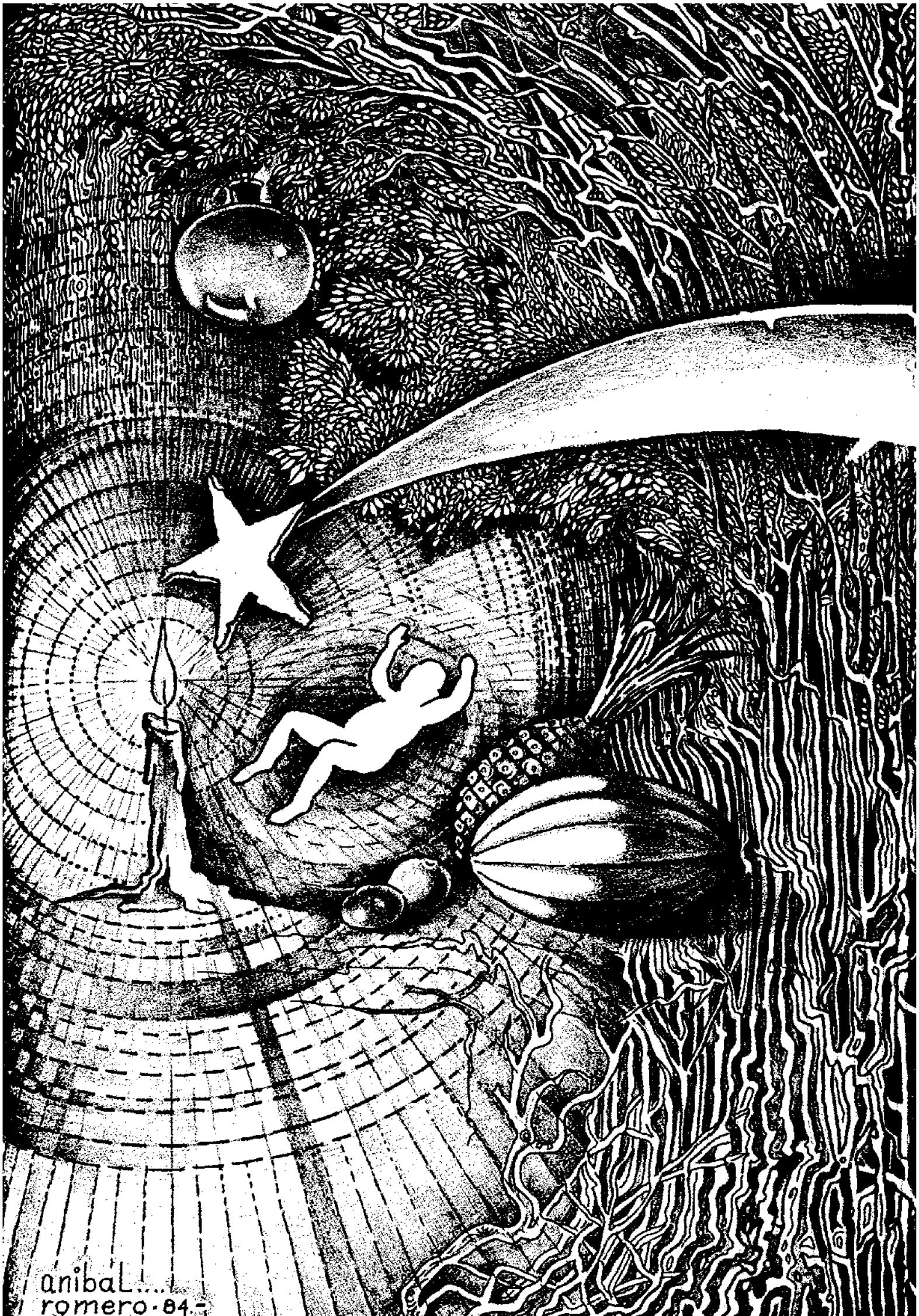
Ella seguía repitiendo

- Está el túnel, pronto iré a Europa y veré a mi hijo, sí, a mi hijo - y al decir lloraba y reía.

La pobre estaba totalmente inconsciente.

RELATOS

EL PESEBRE DE ÑA LORETA


anibaL....
romero·84·-

Al estallar el día los niños ya arrastraban del bosque cercano ramas de cavove-í, laurel y paraiso. Cada uno tenía la responsabilidad de hacer de esa Navidad el pesebre más lindo.

En casa la tía Zoila bajaba las polvorientas cajas donde por un año durmieron su noche larga el niño, la Virgen el San José. Más abajo en diarios viejos estaban envueltos los tres reyes, las ovejitas, el desteñido burrito y otras tantas siluetas de barro, cuyos rostros parecían reir grotescamente.

Esos seres inanimados cobraban vida en césped improvisado y en rojos cerros, que pacientemente se fueron cubriendo con polvo de ladrillo gastado.

Mi madre daba órdenes entregándonos papeles de colores.

- Las estrellas deben tener puntas, cuiden de que salgan iguales.

Pero salían tan irregulares, que más de las veces echábamos la culpa a la herrumbrada tijera que con el engrudo del tiempo se ponía cada vez más perezosa para trabajar.

Al pasar el mediodía brillaban con la media luna, cometas de largas colas sostenidas por hilos invisibles. Y a la noche las estrellas parecían verdaderas porque el petromax alumbraba desde el alero.

- Ya están los chipás calentitos, decía la vieja criada.

Las ramas cada vez más cargadas apenas podían sostener el peso de los chipás, que ese día tenían alas para alternar con racimos de uvas y con la roja granada. Abajo el caminito de arena marcaba el paso a los pastores y a otros adoradores del niño Dios. En raro contraste sandías, melones y bananas rodeaban el cerro y la pequeña laguna, que en fuente enlosada dejaba flotar algunas figuras de caréi que el turco del pueblo puso en venta en esos días.

Ya a la tardecita del 24, las niñas engalanadas de percal vaporoso, y grandes moños sujetando trenzas y cabellos sueltos, al igual que sonrientes niños de pantalones cortos enfuñados hasta las rodillas éramos los que inaugurábamos las tradicionales visitas.

Los mayores no tenían apuros, porque para ellos, por la noche, correrían el licor de anís, la caña, el cigarro y en algunas casas galletitas y caramelos que en platos de loza o en bandejas de metal

recorrerían las filas de sillas arrinconadas a lo largo del corredor...

- Vuelvan antes de esconderse el sol, nos recomendaba mi padre.

Era un largo peregrinar, haciendo el difícil papel de juez para dar al final el fallo, a favor del pesebre más bonito de esa Navidad.

Siempre el resultado de nuestras determinaciones ingénuas señalaba el mismo, el pesebre de "Ña Loreta" sin duda alguna, el mejor, tal vez porque era la única que sobre mesas encontradas en alturas diferentes preparaba de una manera especial su pesebre.

Todo había allí y no faltaba algún juguete nuevo, cochecito moderno con rueda de goma, juguetes que nunca supimos de dónde los sacaba y cada año eran más novedosos.

Tanta era la admiración que teníamos a su pesebre y a ella que le consideramos santa. Cuando llegábamos a su casa, con las manos juntas, inclinabamos la cabeza en señal de reverencia como si estuviéramos ante el mismo Dios.

Ña Loreta mujer madura, sola sin hijos, ni marido, estaba siempre vestida de limpieza y la cara y el cuello entalcados de tal manera que nos parecía distinta a las otras mujeres.

Cuando regresábamos a nuestros hogares, segura estoy que cada uno preguntábamos a nuestros padres lo mismo.

- De dónde sacaba Ña Loreta esos juguetes que nos maravillaban?

- Le habrá traido algún amigo viajante, ella tiene muchos amigos arribeños. Ni una palabra más.

No comprendíamos esa respuesta, porque Ña Loreta existía para nosotros solamente esos días, el resto del año nuestra inquietud de niños nos tenía ocupados en largos juegos.

Ya de grande he oido tantas cosas sobre las personas y me cuesta creer cuando son malas. Pero la imagen virtuosa de ella dejó de serla porque el significado de las respuestas a nuestras preguntas infantiles, iban teniendo sentido cuando veía con desconfianza las visitas de hombres a cualquier hora en esa casa solitaria.

Ahora no sé por qué olvidé por tanto tiempo el bello pesebre el que a mi infancia embelezó por horas, tal vez porque la malicia de no creer puro a mi semejante hizo más cómodo olvidarlo.

Ahora cierro los ojos y los oidos para no encontrar desperfecto y vuelvo a ver a Ña Loreta inocente en su impureza, como si guardara lo mejor de sí para esos pocos días, y ofrecernos, a nosotros, a esos hijos que no los tuvo, el rostro iluminado del niño Dios sonriente y tranquilo, bañado con incienso de laurel y de coco.

A la distancia queda en mi mente como la más hermosa postal de mi pasado, el pesebre de Ña Loreta.

LA TIERRA NO ENVEJECE

anibal...
romero -84.

Volví, me interné entre chacras y capueras, por caminitos marcados por el tiempo; iba a ese mundo de mi infancia, al cabo de tanto. Nada había cambiado. Allí más frondoso aun el mangal, y como fieles centinelas los cocoteros custodiaban celosamente esas parcelas cultivadas. Eran las mismas, tal vez no, eso no importa, para mi eran las mismas.

A medida que avanzábamos los recuerdos se agolpaban en trotes ligeros, tiernos recuerdos de días que ya no podían repetirse.

De niños, cada sábado marchábamos en ingenua fila del pueblo a la compañía cercana, donde en majestuoso trono adorábamos a la bisabuela coqueta. Allí ella por firme decisión, se quedó distante, en esa lomada alta donde vio morir al compañero de su vida víctima de sedientas montoneras. Desde entonces fue el personaje más importante de ese lugar, por esa extraña filosofía de amor y de caridad que practicaba en obras y gestos.

Madrina de casi un millar de niños, que se hicieron padres y de hijos de ellos que se hicieron sus hijos, por la gracia bautismal.

Almidonada de pie a cabeza, adornaba su cabellera con hermosos peinetones y daba órdenes que surgían de una voz inmensamente femenina, pero con la autoridad de que todo debía de cumplirse. Extraña paradoja, dulce pero fuerte, tierna pero exigente. Así rodeó su viudez joven, de respeto y admiración.

Allí más de cincuenta personas estaban pendientes de ella: agricultores que cosechaban en su tierra, pastores de rebaños de ovejas, boyeros, viudas, ancianos y niños. Muchos niños, que palmaban al viento sus manecitas morenas, para recibir su bendición a cualquier hora.

Seguimos el camino que los pies anónimos con el tiempo fueron marcando surcos. En un recodo tuve tentación de agacharme a arañar la tierra para ver si era la misma. No había envejecido, entonces pensé: la tierra no tiene edad. Apreté fuerte lo que cabía en mi puño para darle mi abrazo y para que con ello selláramos otra vez nuestro pacto de vieja amistad. No lo había olvidado, es que anduve tanto por el asfalto buscando no sé qué, tal vez esto mismo,

volver alguna vez a limpiar mis impurezas con la castidad de la brisa primera de los días sin nombre, sentir que el corazón late sin temer al tiempo.

Divisé el rancho; más viejo?... ya no era el de antes? Para mi era el mismo, el galpón, los árboles, y a sus sombras muchas personas como si la vida se hubiera detenido allí todo el tiempo de mi ausencia. Eran las mismas personas, hombres, mujeres cuyas edades nunca pude calcularlas. Ña La Ama, Dominga-í, Liborio, Ña Loreta, Eduarda, Luchí y más nombres que no valdrían recordarlos porque ya ofrecieron sus cuerpos para abono de la tierra.

Por el asombro en los rostros se notaba que para ellos éramos también los mismos, ya no niños, claro, pero jóvenes aun. Se acercaban a nosotros para aclarar esa confusión que producía en ellos todo el milagro que realiza la cosmética moderna para prolongar la juventud. Algunas ya no éramos la morena que recordaban porque se volvieron rubias o rojizas las cabelleras. Mezclados con nosotros iban nuevas imágenes, nuestros hijos, desconocidos para ese mundo donde solo el recuerdo de nuestra infancia nos unía en amplia y generosa amistad.

- Mbaéichapa Nené.

- Mbaéichapa la gente cuera. Un coro de llantos llegó hasta nosotros, quedé desorientada por un rato, había olvidado esas repetidas escenas, que de niña encerraban para mi un misterio. Di un abrazo a cada uno. Eran más mujeres, la mayoría con ropas negras. Levanté la vista, en la única pieza de teja, la de los aleros, un altar de flores blancas, adornaban una foto que quiso ser. Hice como si estaba al tanto, me incorporé al grupo, repetí con ellos mecánicamente el rosario, que de vez en cuando se interrumpía con lamentaciones y plagueos dolorosos. Al terminar en interesante conversación cada vieja relataba las virtudes de la joven finada que cumplía dos años de su inesperada muerte. Alguien recordó del accidente, y otra en maravilloso relato terminó el episodio por lo que me enteré que la nueva ruta se había manchado de sangre de apenas 15 años.

- Mbaéichapa ro pagapa vaerá peéme, co pe yu ha guere.

- María del Rosario, co í-milagro va, ya rogávaera pe nde rejhecuera.

Ya agregó otra comadre en tono místico algunas curas milagrosas de asma y de diarrea de niños que esperaban la muerte.

Nuevamente el llanto, parecía que el coro había subido de tono. Yo había ido egoístamente a buscar lo que era mio, pensé en ellos

solamente como parte de mí misma. Lloré haciendo coro con los demás, tal vez no por la muerte, a quien no conocía sino mi propio egoísmo.

A la sombra de los árboles naranjos, guayabos y pomelos éste último era nuevo en ese mundo vegetal de mis recuerdos. Estaban extendidos tablones que hacían de mesa para amasarse allí todo aquello que en caruguazú sería la ofrenda de recordación a la finada. Todo el vecindario ayudaba; de cuando en cuando una risotada se perdía entre el humo espeso de los cigarros que daban tiempo a los labios marchitos para dar las recomendaciones oportunas de tal manera que la sopa paraguaya, el enrrollado y el clericó salieran a su punto.

Más allá los jóvenes hacían rueda sobre troncos, sillas y silletas, corría la caña y el vino. A tal punto subió la algarabía que no se podía entender, si era un festejo a la muerte o se brindaba la suerte de seguir viviendo.

Llantos nuevos salieron al encuentro de amigos distantes que llegaban para darnos la tónica del duelo.

Al poco rato el caruguazú, el clericó y algunos pipus y sonoras carcajadas de los que ya un poco apintonados hicieron de esa tarde la fiesta que hace rato no tenían.

Al fin llegó, un poco tomado, un joven de pelos largos, dientes de oro, anillos y reloj que brillaban con el sol. Se cortó la respiración de las jovencitas, los ojos adolescentes brillaban solamente sobre esa figura intrusa que llegaba.

Las comadres cuchicheaban entre si, los jóvenes del lugar se hacían de los desentendidos con la presencia engalanada de un nuevo Don Juan. Ña Rosenda dio un empujón a Isabel, su rubia y hermosa hija para que fuera al encuentro.

- Que tal picó llegaste José-í.

- Bien, bien nomás, ahora mismo me bajé del ómnibus vine directo de Buenos Aires.

El tono aporteñado hacía una grotesca caricatura de hombre distinto a los demás.

- Pasá nomás, vení na te voy a mostrar el altar de María del Rosario.

Nuevamente una lamentación salió de Isabel, mientras el resto de la gente se consternó un momento.

- Callate nomás mi hija, que picó se va a hacer.

Recorrió los distintos grupos, pasando la mano a cada uno, y todos sintieron entre sus manos el enorme anillo que traía, luego se

veían aproximarse los oídos para hacer el comentario del caso.

Se ubicó entre los varones. Allí como pájaro raro cambiaba palabras con otros, que estuvieron por Buenos Aires u otros lugares de la Argentina. Se ganaba en exposición de conocimientos mientras los otros, los que nunca salieron del lugar, soñaban con un viaje de esos que les daría la felicidad de regresar con un mocacín, un reloj y un anillo.

De vez en cuando José-í miraba a Isabel que realmente estaba hermosa, aunque distraída.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-

La tardecita se llegó apresuradamente para hacernos acordar que debíamos volver a la ciudad. Nuevamente mi enemigo era el tiempo y me robaría la dicha de sentirme pura, de sentirme yo misma.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-

Mis compañeros de viaje cargaban canastas y bolsones para regresar; pero yo seguí aferrada a esos personajes. Parecía que quería beberlos con los ojos para traerlos conmigo a trajinar el asfalto, a protegerme de mis debilidades, y a no olvidarlos nunca más.

Aun pude observar a Isabel que se recostaba al guayabo y jugaba con un gajo de resedá mientras escuchaba el tono porteño de alguien que en forma distinta le decía palabras de amor. Sus ojos perdidos hablaban por ella un sí, discreto y callado.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-

Regresamos, quedaron atrás los llantos, las risas, la bendición y los rostros sin tiempo de todos aquellos que han hecho de mi infancia días felices.

Mañana para ellos habrá motivos nuevos para reir y llorar, la muerte, el pesebre o la cosecha felíz. Mañana para mí, ellos serán recuerdos, solamente recuerdos.

LA FIESTA DE SAN BLAS

anibal....
romero·84

...Y cuando llegaba la tardecita, las campanas anunciaban el Angelus, era el momento de la oración. Quietecitos, todos nos poníamos de rodillas, "el nombre del Padre" cruzaba los rostros de niños, jóvenes y adultos.

Ese silencio santo tan pronto se quebraba en risas, en gritos, en juegos como si quisiéramos aprovechar apresuradamente el resto del día, que se despedía con el sol.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

Pero estábamos viviendo en mi pueblo la semana que antecede a la fiesta patronal, entonces el día no termina con la oscuridad de la noche. Faroles de todos los tamaños estaban colgados de árboles y postes frente al oratorio de San Blas. En el gran jardín donde la gente iba llegando para el novenario, lucía imponente el púlpito adornado de flores y ramas. Era la cita obligada de todas las familias. Allí llegaban, desde lugares distantes promeseros agradecidos, devotos del patrono, y tal vez algunos curiosos.

..*.*.*.*.*.*.*.*.*.

Para los jovencitas, una oportunidad de echar miradas de enamorados hacia los rostros, también jovenes, de los que, sin participar del rezo, quedaban detrás del cerco, como simples espectadores.

Allí el encuentro de las comadres, el abrazo, y algún que otro chisme que sería la comidilla al día siguiente.

De pronto, una voz aflautada daba inicio al santo rosario; todos seguíamos con el mismo tonillo los rezos y las súplicas, que desde un gastado rosario se iban desgranando. La solterona del pueblo, arrodillada ante el patrono, alternaba el rosario con lecturas bíblicas, extraidas de un viejo libro negro.

Nunca escuché otra voz, tuve desde niña la impresión de que era

la dueña del rosario, no se me pasaba por la mente de que otra podría rezarlo a viva voz.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-

Al fin, el rezo terminaba. Un murmullo general poblaba todo el jardin, se formaban corrilos. Y a punto de desatarse la jarana, aparecía en lo alto, majestuosamente, el cura párroco, quien, un poco autoritario, y con voz enronquecida, iniciaba su sermón, siempre con las mismas palabras: "Hermanos mios... y seguía con otras, que para nosotros no tenía gran significado, tal vez ninguno, porque sonaba a difíciles se mezclaba el castellano con el latín, y con las traducciones que desde luego hacía, resultaba aun más difíciles.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-*-

Llegó el momento esperado. Todos los años, el cura párroco, seguramente que con la ayuda de las de la Cofradía del Sagrado Corazón de Jesús, o con las de la Legión de María, preparaba una lista de señoritas que activamente debían participar como colaboradoras de las fiestas patronales.

Ese primer día de novenario siempre fue esperado por las que, como yo, teníamos ganas locas de dejar de ser las niñas desapercibidas de esas reuniones, para ser distinguidas como colaboradoras de las fiestas patronales.

Que ingenua ambición! Nuestros 15 años esperaban esa gran oportunidad para adornar las calles con banderitas de papel; cubrir de flores las andadas del patrono; y luego correr hacia todos los costados del corral, donde mansos y perezosos toros harían remedos de corridas. Señor. Cuántas entradas quiere?... Y luego, "gracias, en nombre del patrono".

Improvisados toreros iniciaban sus destrezas, que las eran pocas y malas.

Más bien asustaban a las bestias por la rareza de su vestuario. Al cabo los toros, al son de la banda, en trotecitos ligeros jugaban la más pintoresca carrera con los toreros arribeños que llegaban para esos días.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-

La semana que antecede a la fiesta patronal, era un ir y venir al oratorio para recibir órdenes de trabajo y rendir cuentas de donaciones que sumaban un centenar de ovejas, gallinas, cerdos, otros animales, y una cantidad inmensa de bolsas de maíz, poroto y algodón, que más tarde serían vendidos a beneficio del oratorio, en ampliación permanente.

Todo un año fue la espera impaciente de las que, como yo, cumplimos 15 años para recibir a ese mes de febrero, que nos daría la seguridad de llamársenos señoritas y convertirnos desde entonces en la admiración de los jovenes del pueblo. Realmente, nunca nos sentimos tales sin escuchar de la boca del cura párroco la denominación de señoritas.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-

No era cosa nuestra, y que nos pareciera, es que nuestros padres, vecinos y amigos esperaban esa palabra bautismal.

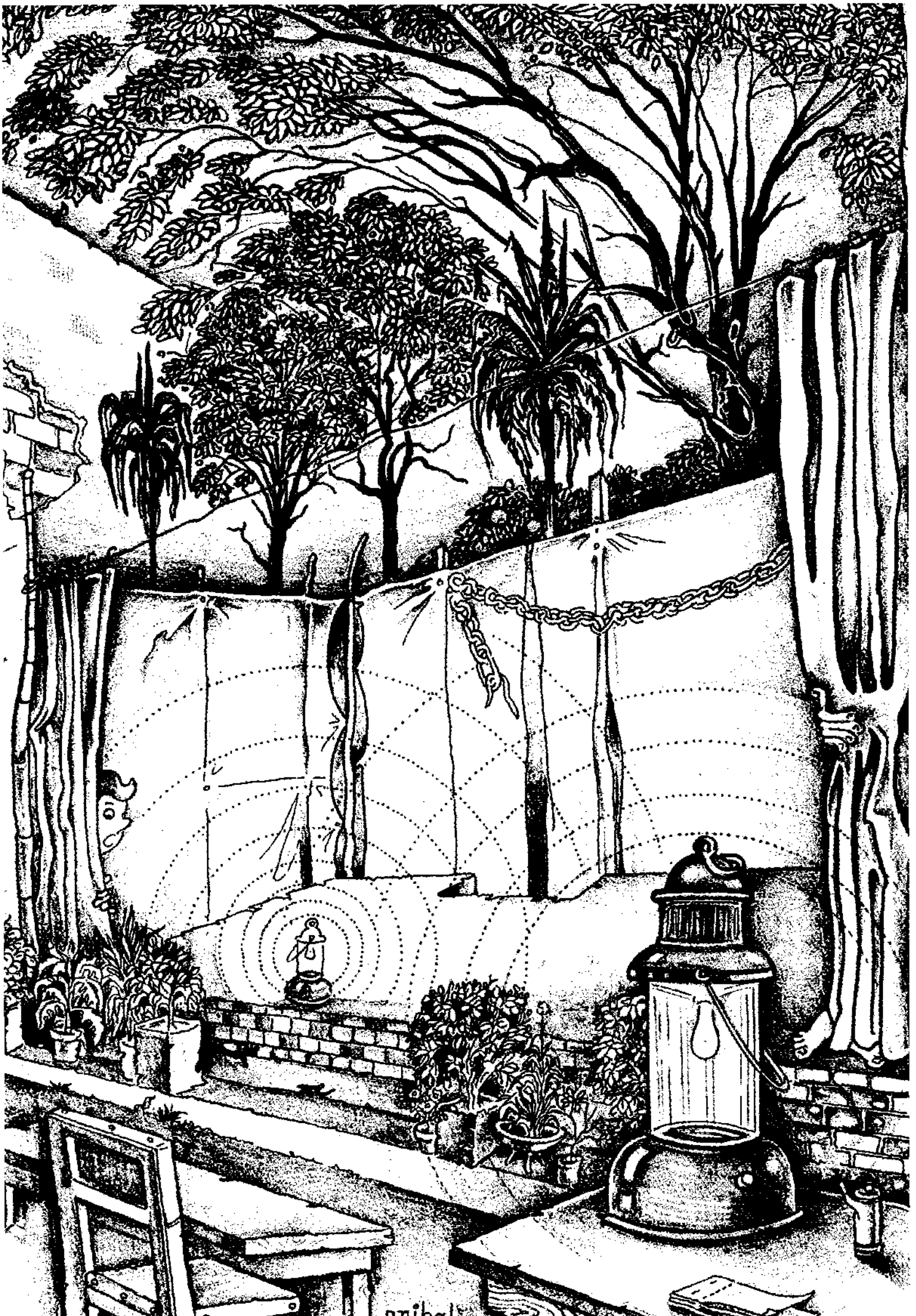
De ese día en más, se nos estaba permitido muchas cosas: bailar, coquetear, sombrear el rostro suavemente con rouge, marcarnos algunos lunares discretos en la mejilla, y sobre todo, dejar de ponernos el moño grande en la cabeza, y el lazo interminable en la cintura.

--*-*-*-*-*-*-*-*-*-

Pasaron las fiestas, solo quedaron el olor a incienso en los corredores, algunos trozos de banderillas que el sol y la lluvia se encargaban de desteñirlos hasta que un loco viento las desprendían de las ramas. Y entonces, sí, la fiesta se había acabado.

De nuevo a recogernos al llegar la tarde, y por temor a la noche, sin luz en las calles desiertas, reunirnos todos, los pequeños y grandes para escuchar las repetidas anécdotas del tío Juan, que de tanto amarnos olvidó que estaba viejo para seguir soñando.

VELADA


anibal

Periódicamente los jóvenes de esa pintoresca comunidad pueblerina, teníamos la oportunidad de dar riendas sueltas a nuestra imaginación, y para los de vocación artística, la suerte de incursionar en el quehacer teatral.

Sí, Doña Leonarda era la gran maestra que con paciencia modelaba nuestra voz, nuestro gesto, nuestra manera de ser.

Todas las tardecitas nos encontrábamos en la casa de "nuestra maestra" para penetrar en el mágico mundo del arte, ese mundo que nos maravillaba cada vez más, porque nuestra guía sabía conducirnos con la expectativa propia de encontrarnos con lo que nos imaginábamos y algo más para seguir soñando.

Su hogar fue nuestro **Ateneo,** el salón de espectáculo del pueblo. Allí llegaban elencos artísticos de Asunción para hacernos gustar de teatro y música; y nosotros, sus discípulos, teníamos nuestras propias sillas en la platea improvisada del gran patío familiar.

El día señalado para la lectura de la obra, era el momento esperado por todos. Quién pudiera tener la suerte de desempeñarse en un papel en la obra elegida.

Todos nos ubicábamos en sillas o sentados sobre alfombras de cuero de vaca o de oveja que estaban allí dispuestas para que la tertulia resultara agradable y cómoda.

El más profundo silencio, la lámpara de Petromax alumbraba desde una mesita al escritorio donde Doña Leonarda estaba sentada para dar lectura a la obra. Su modulada voz iba acompañada de gestos que daban vida a los personajes.

¡Qué de risas compartidas, qué de lágrimas, qué de tristezas invadían al alma, si la comedia o el drama daba la ocasión para ello.

Luego al día siguiente se entregaban los libretos a los elegidos que generalmente compartían dos por personaje, un titular y un suplente.

El libreto era la obra completa copiada a manuscrito y donde se subrayaba el personaje que correspondía. ¡Qué prolijidad!, las

letras puntiagudas y tan iguales, que parecían salir de una imprenta especial. Nunca tuvimos problemas para la lectura, esa caligrafía resultaba familiar y las palabras surgían en nuestros labios con la emoción o gracia que ella nos enseñaba.

Los ensayos eran largos. Repetidas veces nos marcaba la modulación, el gesto y otros detalles más, que poco a poco fueron puliéndose para ofrecer en una espectacular noche la presentación teatral.

Las autoridades del pueblo, maestros y el sacerdote ocupaban las primeras filas, nuestros familiares las siguientes y el pueblo completaba el inmenso patio.

Los decorados los fabricábamos todos; pero había quienes resultaban verdaderos profesionales y realmente con el tiempo lo fueron.

Los vecinos colaboraban con sus lámparas para iluminar el escenario.

Los vestuarios se confeccionaban allí con la colaboración de parientes y amigos.

Cuando representábamos pasajes de la Biblia o cuadros vivos de la Anunciación o Pasión y Muerte de Jesucristo, las luces de Bengala daban a la escena la iluminación azulada de algo sobrenatural.

Por mucho tiempo después de estas representaciones, éramos los mimados en nuestras casas, en nuestras escuelas, en nuestros barrios. Y hubo quienes se identificaron con el personaje, que quedaron con un nuevo nombre que suplió por siempre el bautismal.

De niño y aun de joven, nunca me puse a pensar la genialidad de Doña Leonarda, su capacidad, su paciencia, su afán de ofrecernos momentos inolvidables que por siempre nos acompañarán porque las palabras tenían significado, tenían belleza.

Creo que en el transcurso del tiempo, ya lejos de ella, en otros ambientes nos habremos emocionado y seguiremos emocionándonos con la riqueza poética de un verso, con la lectura de una prosa, con la música que llega con tibieza de sonido, con las palabras vibrantes de un parlamento teatral.

Y en el escenario de la vida, habremos cumplido nuestro papel, tal vez sin los aplausos que ella esperaba, pero ya en el camarín, lejos del público, solos, supimos volver a ensayar repetidas veces las escenas equivocadas y con esperanzas nuevas ver correr el telón de la vida.

Se terminó de imprimir el 12 de
Setiembre de 1984 en los talleres
gráficos de Edipar S. R. L.
Asunción – Paraguay